

2015

Una Disciplina de Guerra: Henríquez Ureña y el Latinoamericanismo

Fernando Degiovanni
The Graduate Center, CUNY

[How does access to this work benefit you? Let us know!](#)

Follow this and additional works at: https://academicworks.cuny.edu/gc_pubs

 Part of the [Latin American Literature Commons](#)

Recommended Citation

“Una disciplina de guerra: Henríquez Ureña y el latinoamericanismo,” *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 41 (2015): 135-160.

This Article is brought to you by CUNY Academic Works. It has been accepted for inclusion in Publications and Research by an authorized administrator of CUNY Academic Works. For more information, please contact AcademicWorks@gc.cuny.edu.

**UNA DISCIPLINA DE GUERRA: PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
Y EL LATINOAMERICANISMO**

Fernando Degiovanni

The Graduate Center, City University of New York

Resumen

Este trabajo examina el lugar de Pedro Henríquez Ureña en la construcción del campo académico del Latinoamericanismo a partir de la consideración de las variables que intervinieron en su nombramiento como catedrático Norton de la Universidad de Harvard a comienzos de la Segunda Guerra Mundial. El análisis de fuentes nunca antes exploradas por la crítica –conferencias universitarias, discursos públicos, cobertura periodística y correspondencia personal– ofrece un nuevo punto de vista sobre el rol de Henríquez Ureña en la consolidación de la política del Buen Vecino.

Palabras clave: Latinoamericanismo, Hispanismo, industrias culturales, derechos civiles, democracia, Pedro Henríquez Ureña.

Abstract

This article examines the place of Pedro Henríquez Ureña in the construction of Latinamericanism as a scholarly field by focusing on the factors that prompted his appointment as Norton Professor at Harvard at the beginning of World War II. An analysis of hitherto unexplored archival sources related to his stay in the United States—academic lectures, public speeches, press coverage, and personal correspondence—will provide a new perspective on Henríquez Ureña’s involvement in the consolidation of the Good Neighbor policy.

Keywords: Latinamericanism, Hispanism, culture industries, civil rights, democracy, Pedro Henríquez Ureña.

Cuando en 1940 Pedro Henríquez Ureña llega a los Estados Unidos para ocupar la cátedra Charles Eliot Norton de Harvard, el latinoamericanismo ya no era ese discurso escasamente institucionalizado sobre el que quince años antes había trazado los “Caminos de nuestra historia literaria”. Ahora el nuevo catedrático estaba obligado a posicionarse frente a un campo en rápida expansión –el del

hispanismo académico— que en ocasiones cuestionaba implícita o explícitamente su programa intelectual de 1925. La política del Buen Vecino, formalizada en 1928, sería un factor central en ese proceso dentro y fuera de los Estados Unidos: la apuesta de la presidencia de Herbert Hoover —consolidada en 1933 por Franklin D. Roosevelt— en el sentido de fomentar la inversión económica y suspender toda intervención militar en América Latina, daría un impulso decisivo a la agenda cultural latinoamericanista. Cátedras, publicaciones, conferencias, propuestas de intercambio universitario, programas de radio y producciones cinematográficas serían promocionadas por agencias oficiales y privadas norteamericanas interesadas en “estrechar lazos” y ampliar su presencia en la región. Esta decidida política tocaría incluso a aquellos que se oponían a la injerencia de Washington: en efecto, al mismo tiempo que se generaban en los Estados Unidos iniciativas académicas destinadas a fortalecer la “cooperación” y el “entendimiento” hemisférico, surgían en América Latina dispositivos pedagógicos e institucionales cuyo fin era articular una respuesta a la nueva política norteamericana.

Entre esos dispositivos, ninguno se distinguía tanto como el del aprista peruano Luis Alberto Sánchez que, tres años antes de la llegada de Ureña a Harvard, había publicado desde su exilio chileno una *Historia de la literatura americana* (1937). En el marco de lo que Víctor Raúl Haya de la Torre insistía en llamar una perspectiva “indoamericana”, Sánchez presentaba una narrativa del pasado cultural cuyos extremos históricos se situaban en la obra de Guaman Poma de Ayala y la novela indigenista contemporánea. Esta propuesta correspondía, en su visión, a una “revolución por la independencia espiritual, cuya segunda etapa —por la independencia política— culmina entre 1810 y 1830 y cuya tercera etapa —por la independencia económica— se inicia hacia 1920 y aún no ha cerrado su ciclo” (29).

Declaraciones como éstas se contraponían decididamente a los postulados de la política del Buen Vecino, que intentaba sumar aliados en el campo intelectual para impulsar la expansión económica hemisférica. Tampoco podían interesar a Harvard, que desde la Guerra Hispano-Norteamericana se había constituido en uno de los centros académicos de promoción del latinoamericanismo gerencialista por iniciativa de Jeremiah D. M. Ford, catedrático de lenguas

romances de la universidad. Amigo de Ford, quien en 1916 había sido el responsable de su ingreso a la academia norteamericana al recomendarlo como lector y estudiante de posgrado de la Universidad de Minnesota, Ureña podía funcionar ahora como catalizador de la agenda de Roosevelt. En efecto, Ford sería un factor decisivo en el nombramiento de Henríquez Ureña como catedrático Norton en 1940, hecho que éste nunca dejaría de agradecer: en 1942, ya de regreso en Buenos Aires, Henríquez Ureña diría en una carta a Agnes Moran que Ford era “the most outstanding man in the Hispanic field in the United States”¹.

En este trabajo me propongo leer el lugar de Ureña en la construcción del hispanismo académico a comienzos de la década de 1940. A través del análisis de sus intervenciones públicas a lo largo de su estadía en Harvard —que no sólo comprendieron las conocidas charlas en el Fogg Museum (tituladas originalmente “The Search for Expression: Literary and Artistic Creation in Spanish America”), sino también conferencias en otros centros académicos, participación en eventos panamericanistas y declaraciones a la prensa— intentaré subrayar el carácter políticamente coyuntural de su nombramiento, así como el modelo implícito de gobernabilidad y disciplinamiento económico y cultural que formuló en ese contexto para un público angloparlante no especializado. La discusión de materiales nunca antes abordados por la crítica —discursos de despedida de Buenos Aires, disertaciones pronunciadas fuera del marco de la cátedra Norton, correspondencia personal y cobertura periodística de la estadía— me permitirán leer el lugar de Henríquez Ureña en la consolidación de la política hemisférica desde un ángulo nuevo. A lo largo de los años, el documento más visible de la visita de Henríquez Ureña a los Estados Unidos —*Literary Currents in Hispanic America* (1945)— ha sido entendido generalmente como un manual destinado a estudiantes de literatura, con preferencia hispanohablantes, forjado a partir del humanismo pedagógico. En su lugar, quiero trabajar este texto, pero también el conjunto de materiales ligados a su visita de seis meses a Harvard, desde las aguas más densas de la

¹ Henríquez Ureña a Agnes Morgan, 19 de noviembre de 1942, Archivo de Pedro Henríquez Ureña, Caja 1, El Colegio de México, México.

política y la economía de su tiempo, situándolos en los debates continentalistas de la primera mitad del siglo XX².

“An eminent interpreter”

El ofrecimiento de la titularidad de la cátedra Norton a un crítico dominicano proveniente de la Argentina, sin obra académica en inglés y cuya especialidad era marginal en el currículo universitario norteamericano tiene que haber sido visto como un gesto extraordinario en el contexto del ciclo de conferencias más prestigioso de los Estados Unidos. Desde la fundación de la cátedra Norton en 1925, sus ocupantes habían sido filólogos e historiadores de reputación internacional, en su mayoría procedentes de Inglaterra o de peso particularmente notorio en el mundo intelectual angloparlante³. Nada de ese prestigio e influencia podía ofrecer Henríquez Ureña, profesor sin un cargo universitario titular en la Argentina, y con una actividad docente dispersa en institutos secundarios y terciarios⁴. Pero la declaración de la Segunda Guerra en 1939 transfor-

² Todos los textos de Henríquez Ureña escritos originalmente en inglés se citarán en esta lengua como recordatorio de las condiciones de producción y recepción en los que fueron pensados y comunicados. Mi lectura del marco de enunciación de la obra de Henríquez Ureña difiere marcadamente de la propuesta por Ignacio Sánchez Prado en “Canon, historiografía y emancipación cultural”.

³ Nada menos que Igor Stravinsky había sido catedrático Norton el año anterior a Henríquez Ureña y Erwin Panowski sería su sucesor. Para 1940, los únicos norteamericanos que habían recibido ese honor eran T.S. Eliot y Robert Frost. A pesar del perfil claramente eurocéntrico de las temáticas, en el momento del nombramiento de Henríquez Ureña el honor todavía no había recaído todavía en ningún francés, italiano o español. Los asuntos dominantes hasta entonces habían sido la antigüedad griega, latina y nórdica, así como el arte europeo anterior al Renacimiento. En los ciclos lectivos en que la cátedra había sido otorgada a poetas y músicos, se habían tratado cuestiones de teoría artística.

⁴ En el momento de su nombramiento como catedrático Norton, Henríquez Ureña era profesor adjunto suplente de Literatura Iberoamericana y adscrito honorario del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (hasta 1936 fue su Secretario, puesto al que se vio obligado a renunciar por su condición de extranjero). También era profesor adjunto de Literatura Europea de la Universidad de la Plata y del Colegio Nacional de La Plata. La única

maría esas prioridades, debido a la necesidad de promover los intereses económicos y la legitimidad cultural de los Estados Unidos en el marco del vacío producido por las inversiones europeas en la región, sobre todo en Sudamérica. Apenas comenzadas las hostilidades alemanas, el Departamento de Estado inició una campaña de intervención directa en las universidades norteamericanas para asegurarse el apoyo ideológico y logístico de sus docentes de español. Las presiones llegarían incluso a los profesores peninsulares que, a raíz de la Guerra Civil española, se habían incorporado a la academia norteamericana. Se esperaba no sólo que los hispanistas peninsulares actuaran como mediadores en la construcción de un latinoamericanismo pronorteamericano, sino que inclusive se dedicaran a enseñar e investigar cuestiones latinoamericanas. Américo Castro dejó testimonio de estas presiones y expectativas. Desde Princeton escribió una carta a Amado Alonso en la que le decía con evidente frustración: “No hay semana que no venga aquí alguien, más o menos de Washington, a hablarme de cosas ‘Latin American’. Les digo que qué diablos van a lograr allá [en América Latina] mientras no estén dispuestos a dar el salto”. Defensor de la centralidad de los estudios peninsulares en el currículum universitario norteamericano, Castro no sólo desaprobaba el nombre dado al campo, sino también tener que dedicarse a ese campo; pero al mismo tiempo, cuestionaba las estrategias de Estados Unidos en la región por tímidas e ineficaces. Según Castro, los funcionarios estatales que lo visitaban querían asegurarse el apoyo de “la opinión liberal hispanoamericana” y era consciente del rol que Washington esperaba que tuvieran los hispanistas en la implementación de la política del Buen Vecino. Por eso le hablaba a Alonso de lo que “V., yo y mil más estamos haciendo para estrechar lazos” (sin pág.)⁵.

Conocedor cercano de los Estados Unidos, país en el que para entonces ya había vivido diez años (1901-1904; 1914-1921), Henríquez Ureña fue visto como un candidato altamente viable para el

titularidad que le correspondía era la del Instituto del Profesorado, donde dictaba Literatura Argentina y Americana. Las designaciones de los respectivos cargos se encuentran en el Archivo de Pedro Henríquez Ureña, Caja 3 (Documentos), El Colegio de México, México.

⁵ Américo Castro a Amado Alonso, 31 de octubre de 1941. Archivo de Amado Alonso, Residencia de Estudiantes, Madrid.

logro de los objetivos de la política hemisférica. Además de conocer a Ford desde hacía más de dos décadas, nunca había llegado a proponer el quiebre de las relaciones de Estados Unidos con América Latina. Los agentes de la política del Buen Vecino comprendieron que la decidida crítica que había expresado Henríquez Ureña al accionar de la administración de Woodrow Wilson en el Caribe estaba lejos de haberlo convertido en un enemigo de la causa panamericana: de hecho, una lectura atenta de los artículos periodísticos de Henríquez Ureña más hostiles a Washington, publicados entre 1914 y 1916, permitía incluso encontrar sugerencias para replantear las relaciones diplomáticas y económicas hemisféricas.

En 1914 Henríquez Ureña había acusado al gobierno de Wilson no sólo de “batir el ‘record’ de reinterpretación de las ‘doctrinas Monroe’”, sino también de “ensayar [una] administración ‘demasiado activa’” en el Caribe (“¿Abstención al fin?” 8-9). Pero lejos de rechazar de plano la política panamericana como lo estaban haciendo Manuel Ugarte o Rufino Blanco Fombona a través de decididas campañas antimperialistas de amplio impacto en la opinión pública, Henríquez Ureña adhería a lo que él mismo llamaba una “interpretación limitativa” de la Doctrina Monroe⁶. En su artículo “En torno a la doctrina Taft contra Wilson”, concordaría con la opinión del expresidente William Taft en el sentido de que los Estados Unidos debían abandonar su rol tutelar en la región dejando “a las naciones latinoamericanas resolver por sí solas sus problemas interiores y aún exteriores” (11). Pero esta puntualización correspondía al plano militar más que al económico, tal como lo había entendido Taft en su política de la Diplomacia del Dólar. Henríquez Ureña creía en la cooperación hemisférica y para ello pedía apertura y coherencia diplomática por parte de Washington: “Si los actos relativos a Santo Domingo, tanto como los relativos a los países latinoamericanos vecinos, se hicieran públicos y fueran discutidos libremente, la política del Gobierno Americano sería ciertamente más clara y definida y las relaciones con Hispanoamérica recibirían un gran impulso” (“Memorandum sobre Santo Domingo” 207).

⁶ La ausencia total de referencia al latinoamericanismo antimperialista de Ugarte en la ensayística de Henríquez Ureña ha sido subrayada por Pedro L. Barcia 31-32.

Es más: en estos artículos, la confianza en el discurso panamericanista se había traducido en propuestas capaces de llevar a cabo sus objetivos. Así, Henríquez Ureña sostenía que la causa por la cual “este país [Estados Unidos] tarda en alcanzar los éxitos que persigue en nuestra América” debe buscarse en su “torpeza internacional” (“El castigo de la intolerancia” 50), sobre todo en lo referido al Caribe. Pero salvados esos obstáculos, Henríquez Ureña pensaba que los Estados Unidos constituía un valioso y necesario interlocutor político, económico y cultural. En este sentido señalaba por ejemplo que, si bien en su momento la fundación de Panamá había supuesto un despojo, “nadie pretende deshacer la República de Panamá. Tampoco se niegan los beneficios que se deberán a la apertura del Canal” (“El castigo de la intolerancia” 49). Apoyaba también la declaración conjunta –por parte de Estados Unidos y América Latina– de neutralidad ante la Primera Guerra, porque ofrecía un signo de unidad: “por venir de un grupo numeroso y homogéneo de naciones –escribía– este movimiento, cuyo rápido desarrollo es una admirable sorpresa, ofrece el carácter de verdadero, amplio y espontáneo panamericanismo” (“La neutralidad panamericana” 12). Henríquez Ureña mostraría, por último, una confianza en las conferencias panamericanas a partir de 1916 por “contribuir, en estos instantes de crisis, a la común inteligencia entre las naciones de América, y a la mutua ayuda moral y material, que permita al Nuevo Mundo conservar y acrecentar el caudal de sus progresos” (“Apertura de la conferencia panamericana” 91).

Por lo demás, en el plano específicamente académico, tampoco difería en esos años del papel instrumental que desempeñaba la enseñanza del español en Estados Unidos. Desde la Universidad de Minnesota, se acoplaría decididamente al latinoamericanismo gerencialista, abrazado entonces como paradigma pedagógico por Ford y sus discípulos. Sumándose a la opinión hegemónica en torno al aprendizaje del español como lengua de negocios en el contexto de la expansión norteamericana, recomendaba en el *Minnesota Daily* en 1917 que “those [students] intended to go into business, Spanish was the language to study; for those taking Medical, Dental or English work, Italian had the greatest advantages” (*PHU en los Estados Unidos* xlviii).

Con todo, sus cuestionamientos a Wilson eran ya un episodio lejano en 1940. A comienzos de la década de 1930, Roosevelt había abandonado el intervencionismo militar en América Latina, de modo que el objeto de la crítica de Henríquez Ureña había perdido para entonces su objeto más inmediato. La resolución oficial de Harvard, publicada en 4 de octubre de 1940, destacaba –ajustándose puntualmente al léxico de la política del Buen Vecino– que el nombramiento de Henríquez Ureña se hacía “in recognition of the increasing importance of inter-American understanding, particularly in the field of culture”, así como “in recognition of the important place of South America in the modern world”. En este contexto, se subrayaba que Henríquez Ureña había sido elegido además por destacarse como “eminent interpreter of Spanish America to the outside world” (“Pedro Urena [*sic*] Will Lecture” s. p.). El nombramiento esperaba superar una brecha de conocimiento: cualquier sospecha de que el *traduttore*-intérprete pudiera ser *traditore* parecía descartada aquí. Harvard veía en Henríquez Ureña un académico capaz de hacer accesible un contenido cultural a un público amplio. Para eso no sólo era fundamental que hablara inglés, sino que también tuviera la capacidad de producir un texto apropiable y capitalizable desde el punto de vista de los objetivos y prioridades establecidas.

Pero en 1940 las inversiones norteamericanas en América Latina se veían amenazadas por un factor adicional: la sospecha en torno a los intereses políticos y económicos nazis en Sudamérica. De hecho, el nombramiento de Henríquez Ureña en Harvard hablaba específicamente de “South América”. Habían sido precisamente algunas preocupaciones en torno a la “seguridad nacional” las que habían llevado en 1938 a Nelson Rockefeller, heredero de una compañía petrolera con enormes intereses en América Latina, a sugerir el planeamiento de una ofensiva propagandística en la región para contrarrestar las simpatías por el Eje. Al frente de la Oficina de Asuntos Interamericanos, Rockefeller se propondría “to strengthen the bonds between the nations of the Western Hemisphere” y “to ensure proper coordination of hemispheric defense”, defensa que dependía de la construcción de una red de comunicaciones efectivas a lo largo de las tres Américas (Schoultz 308). Se consideraba que el uso de prensa escrita, radio y films era clave en la lucha ideológica. A ese programa mediático debía sumarse otro, destinado a cooptar

personalidades destacadas (intelectuales, periodistas, editores y políticos) a las que era necesario invitar a los Estados Unidos.

La preocupación geopolítica por el nazismo explica por qué el comité Norton había establecido que la titularidad debía ser ofrecida en 1940 a un académico proveniente de la Argentina. Dada la persistente neutralidad de Buenos Aires en la guerra, el titular de la cátedra debía hacer patente una postura antigermana. Henríquez Ureña tenía la ventaja de pertenecer al grupo de la revista *Sur*, cuya directora, Victoria Ocampo, había sido una de las firmantes de manifiesto original de Acción Argentina, organización multipartidaria creada para promover el ingreso del país en la guerra del lado de los Aliados, además de organizar actos antifascistas, propaganda proaliada y labores de espionaje. Esto hace comprensible por qué, a su llegada a los Estados Unidos, Henríquez Ureña repetidamente insistió en identificarse con los grupos antinazis argentinos y destacar la labor de Acción Argentina. De hecho, el mismo día en que se hace público el nombre del nuevo catedrático Norton, *The Christian Science Monitor* dedica una larga nota a Henríquez Ureña en la que no duda en encuadrar su elección para el cargo en la cuestión de las actividades fascistas en América Latina y, en particular, en la incidencia del nazismo en Argentina. Titulada “Harvard Poetry Chair Goes to Dr. Ureña [sic] of Argentina”, la nota –que incluye declaraciones de Henríquez Ureña– señala:

Increasing opposition to Nazi propaganda and a new awakening to the implications of German victory have characterized recent months in South America, particularly in Argentina, according to Dr. Pedro Henriquez Ureña ... ‘I have been especially impressed with the growth of Accion Argentina,’ he told an interviewer today. ‘The organization was formed early in May, after the invasion of the Lowlands to combat Nazi propaganda...’ Its purpose, he explained, is to arouse Argentine men and women to the danger to the world, and thus to their own land, of impossibly triumphant Fascism. By every propaganda means at their disposal, they emphasize this point and combat the central German theme: that Argentina is economically an “enslaved colony” of Britain. Friendship for the United States is a key point of Accion [Argentina] Doctrine (sin pág.).

La última frase resulta particularmente importante para entender a Henríquez Ureña como aliado clave de la política hemisférica y de la buscada posición pronorteamericana proveniente de la Argentina. Para 1939, la controversia panamericanista entre Washington y Bue-

nos Aires ya llevaba cuatro décadas. Había comenzado en 1889 cuando los delegados argentinos boicotearon la sesión inaugural de la Primera Conferencia de Estados Americanos en Washington por su oposición a la decisión unilateral de los Estados Unidos de nombrar presidente de la reunión al Secretario de Estado James G. Blaine. Ese distanciamiento se incrementó en las décadas de 1920 y 1930, cuando la Argentina reforzó sus lazos comerciales con Europa y participó de modo activo en la Liga de las Naciones, mientras Estados Unidos defendía una política aislacionista. La situación, sin embargo, empeoró en 1939, a medida que aumentaban las sospechas en torno a las actividades nazis en Argentina y Buenos Aires insistía en permanecer neutral en el conflicto. En ese sentido, Schoultz ha señalado que el largo enfrentamiento entre Washington y Buenos Aires debe ser entendido al mismo tiempo como una disputa por el fascismo y como una “a struggle over hemispheric leadership [that] had been developing for decades” (324-325).

“Let bygones be bygones”

Henríquez Ureña no defraudaría las expectativas planteadas por la política del Buen Vecino: durante su estadía en los Estados Unidos dejó claro que entendía la tarea de mediación que le imponía su nombramiento. Las notas manuscritas de una conferencia dada en 1941 en la Fletcher School of Law and Diplomacy de Tufts University con el título “Cultural Ties in Latin-American Relations” son quizá el documento más importante para analizar el modo en que articuló el compromiso asumido. En los apuntes de esa charla, Henríquez Ureña hace patente ante estudiantes y profesores de derecho y diplomacia su rol de consejero político y económico: no sólo vuelve a ratificar el apoyo a los Aliados en la guerra –“The fall of France, in 1940 [les dice] has been felt as a national calamity in every Latin American country and as a personal disgrace for many of us” (sin pág.)–, sino que también presenta explícitamente un plan alternativo para garantizar el “éxito” de las políticas culturales norteamericanas en la región.

Apoyando decididamente los objetivos de la política del Buen Vecino, Henríquez Ureña comienza su charla diciendo que ese es el momento en que los Estados Unidos debe sacar partido de las

oportunidades que ofrece América Latina debido a la “good will” que existe en la región hacia la administración Roosevelt. Recomendada, en este sentido, el olvido de los momentos más agrios de la historia de las relaciones hemisféricas, así como el abandono de un modo de pensar América Latina: “Let bygones be bygones”, aconseja al público. Para Henríquez Ureña, la viabilidad del Panamericanismo dependía de una modificación de los paradigmas interpretativos y modos de aproximación a la región desde el punto de vista cultural⁷.

Henríquez Ureña entiende que esas representaciones son el producto de años de construcción de un discurso público a partir de la teoría positivista de los “caracteres nacionales”. De hecho, esta es una de las primeras observaciones que hará en las conferencias Norton: “change in *popular notions* [about Latin America] have been very slow [...] No small amount of *popular sociology* is based upon this geographical misconception” (*Literary Currents* 9; el subrayado es mío). Pero lo que resultaba más grave para Henríquez Ureña era que estas opiniones también circulaban entre gobernantes, diplomáticos y académicos norteamericanos, que atribuían a los sectores de la élite latinoamericana características similares a las de los sectores populares. Su charla en Tufts tiene como propósito abordar ese tema. Sobre lo que llama “the great subject of Pan-Americanism”, Henríquez Ureña advierte al público universitario que le resulta “very difficult to define what it is to be an expert on Pan-American questions” debido a la existencia de “so many problems involved, and especially, so many imponderables” (“Cultural Ties” sin pág.). Atacando lo que percibe como una tendencia a la generalización y al

⁷ En enero de 1941, la Oficina de Asuntos Interamericanos había obtenido los resultados de una encuesta en torno a “What people in the United States think and know about Latin America and Latin Americans”. El cuestionario, que contenía diecinueve adjetivos descriptivos, partía de la pregunta “from this list, which words seem to you to describe best the people who live in Central and South America?”. Los resultados eran del todo desalentadores para una política de entendimiento: setenta y siete por ciento de los encuestados –la mayoría– respondían que los latinoamericanos eran “dark-skinned”, y los atributos que seguían en su caracterización eran “quick-tempered”, “emotional”, “backward”, “religious”, “lazy”, “ignorant” y “suspicious”. El adjetivo menos elegido era “efficient” (Schoultz 315).

conocimiento de segunda mano de la región, Henríquez Ureña subraya en su charla la cuestión del “derecho” a hablar sobre América Latina y lo que supone ese “derecho” a hablar. Apunta que el conocimiento directo y el estudio formal son imprescindibles en ese contexto. Lo dice hablando de él mismo: “If I have any right to deal with them [countries of the Western Hemisphere], it is only because I know several of the countries on the Western Hemisphere quite intimately, having lived in [many of] them [...] And [because] I have devoted myself to the study of cultural activities in the New World [...]” (“Cultural Ties” sin pág.).

En “Cultural Ties”, Henríquez Ureña no cuestiona los beneficios del Panamericanismo en el marco de la guerra: “trade relations –señala– are, no doubt, necessary and convenient. We must have trade if we are to have communication. And communication is essential to friendship” (sin pág.). Sin embargo, estima que las posibilidades de interacción comercial con el estado y las empresas latinoamericanas dependen de una comprensión renovada de los valores aceptables a las élites latinoamericanas. “Trade alone –enfatisa– is not enough to create what we might call ‘perfect sympathies’”. La razón por la cual “We, in Latin America, look at France for guidance in art and literature and sciences, in fashions and amusements; in political principles as well” reside en una cuestión que escapa al gobierno y empresas estadounidenses: el funcionamiento de la noción de prestigio simbólico en América Latina. El léxico que Henríquez Ureña utiliza para ilustrar la relación entre capital económico y capital cultural es inequívoca en este sentido: el ejemplo del viajero “who spent a *fortune* in Paris and then came home penniless [but] got in return a *fortune of memories* –he had stored a *treasure* which would last all his remaining years” (“Cultural Ties” sin pág., el subrayado es mío) sugiere que la construcción de una “fortune of memories” es un proyecto a largo plazo que la política norteamericana no ha sabido articular. En ese sentido, lanza una advertencia contra cualquier intento de evaluar de modo simplista la admiración por Francia: esta, subraya, podría ser “censoriously dismissed as snobbery, but it was more than that” (“Cultural Ties” sin pág.).

En el centro de las objeciones de Henríquez Ureña está la impugnación del programa que los Estados Unidos, de la mano de Rockefeller, se ha propuesto implementar en América Latina valién-

dose de las industrias culturales como arma para ganar aliados ideológicos. La producción y distribución de películas como *Down Argentine Way*, protagonizada por Carmen Miranda y lanzada al mismo tiempo que Henríquez Ureña pronunciaba las conferencias Norton, podía ser un ejemplo en este sentido. El desencuentro constante entre los objetivos de las agencias públicas y privadas norteamericanas y los de la élite latinoamericana, sobre todo la Argentina, radicaba para Henríquez Ureña en la manera divergente de entender la noción y el funcionamiento de la autoridad y el prestigio cultural. Según él, el trabajo ideológico de la política del Buen Vecino debía centrarse en el *habitus* de los sectores letrados y en los espacios simbólicos frecuentados por ellos.

Esta disputa se manifestaría en el propio Fogg Museum, donde Henríquez Ureña pronunciaba mensualmente sus conferencias. El 14 de abril de 1941, “Día del Panamericanismo”, Henríquez Ureña había sido invitado a presidir, junto a Charles A. Thompson, Jefe de la División de Relaciones Culturales del Departamento de Estado, la apertura de la Pan-American Society de Massachussets. Los discursos de uno y otro mostrarían sin ambigüedad los puntos de vista que los separaban. Frente a 500 invitados, entre los que se contaban la élite política y comercial de Boston, así como casi la totalidad del cuerpo consular latinoamericano, la Sociedad declaró su interés en “in creating hemispheric solidarity and implement the cultural aspects of the good neighbor policy”. Pero mientras que Henríquez Ureña insistiría en que la creación de “a deep and sympathetic understanding” debía pasar por el conocimiento de “habits, customs, ideals”, Thompson subrayaría que el logro de esos objetivos dependía del intercambio de estudiantes, profesores, autores, periodistas y actores, así como del trabajo de “the agencies of mass communication such as the press, the radio and the motion picture” (“Pan-American Society of Mass” sin pág., *Boston Daily Globe* del 15 de abril de 1941).

Frente a la importancia dada por el Departamento de Estado a los medios, Henríquez Ureña indica en Tufts que la ventaja de Francia sobre la élite local reside precisamente en no entender la cultura como “amusement”. Es necesario –agrega– modelar el Panamericanismo en lo que llama una “better basis”: “What the State Department is not doing”, puntualiza, es enviar a la región

“scholars, artists, writers, journalists. We get your movies and your jazz; but, according to our cultural standards, and, according to your own, that does not represent the highest type, nor more than does the rumba, or the tango, or the maxixe” (“Cultural Ties” sin pág.). Y recomienda que se siga apelando a una práctica que gozaba de gran legitimidad y eficacia en la construcción de alianzas culturales desde principios de siglo: la visita de grandes intelectuales a América Latina. Así como Francia se había ocupado de mandar “metódicamente sus hombres de ciencia, sus escritores, sus artistas”, Estados Unidos también debía promover giras de autores contemporáneos, y da tres ejemplos: “Erskine [Caldwell], [Thornton] Wilder, Waldo [Frank]” (“Cultural Ties” sin pág.).⁸ En este sentido, Henríquez Ureña propone valerse de un modelo de intervención cultural ampliamente sancionado por los miembros de la élite. La premisa era que viajeros de amplio reconocimiento —como Ortega y Gasset y el conde de Keyserling— podían develar aspectos de una interioridad “dormida” que era imperceptible a los habitantes nativos (Aguilar 367-391). La élite latinoamericana, de hecho, aceptaba y era capaz de apropiarse del discurso extranjero de la identidad, siempre y cuando se articulara en el contexto indicado. A diferencia del cine y la radio, los ciclos de conferencias garantizaban el contacto del intelectual con públicos amplios, pero no masivos; resultaban un espectáculo público, pero ofrecido en el marco de espacios selectos como salas teatrales y auditorios universitarios.

Los “criollos superiores”

Antes de partir a los Estados Unidos, Henríquez Ureña había dejado claro a sus amigos y colegas de Buenos Aires y La Plata que su intervención en Harvard iba a centrarse en el tema de la autoridad cultural. Los discursos pronunciados en las reuniones de despedida organizadas por la revista *Sur* y la Universidad Popular Alejandro Korn abordan precisamente los desafíos que supondrá

⁸ El manuscrito de “Cultural Ties” reúne apuntes a partir de los cuales, al parecer, Henríquez Ureña improvisó en público. Está escrito a mano y a máquina, y mezcla ideas en inglés y español, aunque mayormente está escrito en inglés ya que Henríquez Ureña se dirigió en ese idioma al grupo de Tufts. De ahí las citas en español de esta sección.

hablar en un país como los Estados Unidos, donde los cambios democráticos y tecnológicos habían tenido un impacto irreversible en la configuración de las relaciones de poder y prestigio político, social y cultural. Lo que le preocupa a Henríquez Ureña es la decadencia del rol regulador y disciplinario de las élites norteamericanas después de la Guerra Civil. En una frase que tiene todas las notas de un lamento, Henríquez Ureña señala a sus interlocutores argentinos: “La [tradicción] del Norte [de los Estados Unidos] venció entonces, pero se desintegra lentamente” (*Palabras* 8). Las causas de esa “desintegración” residen en el rápido e indeseable avance de los derechos laborales y civiles así como en la consolidación de la cultura de masas.

Pero no todo está perdido. Eso, por suerte, no ocurre en una sociedad que, como la Argentina, es controlada por criollos “superiores” que cuentan con el derecho y el deber de “dictar”, “imponer” y “modelar” el cuerpo social. En ese sentido, Henríquez Ureña se regocija: “En la América española, la tradición criolla se mantiene: el automóvil, el aeroplano, la radiotelefonía, el divorcio, la jornada de ocho horas, el voto femenino, *nada altera el tejido esencial de nuestra existencia*” (*Palabras* 8). Todas las “innovaciones mecánicas, físicas y químicas” así como la “modificación de las instituciones” que pudieran ser introducidas en el contexto latinoamericano por algunos “descendientes frívolos” de esas ideas se enfrentarían con el “fondo criollo”, con el “hondo sentimiento criollo” que garantiza la “continuidad” de la jerarquía cultural tradicional (8). En una inequívoca defensa del derecho a una estricta regulación social y cultural por parte de la élite, subraya: “una *disciplina* de pocos [...] dio su fisonomía al país”. Y agrega: “cuando llegó el inmigrante encontró una sociedad con *normas*: debía *obedecerlas*, debía *comportarse* con ellas. El ideal fue parecerse a los criollos *superiores* [...] Esta *disciplina*, que a veces se relaja, *debe mantenerse*” (*Palabras* 8; el subrayado es mío).

Más que interpelar a las masas con una nueva tecnología de las comunicaciones, los Estados Unidos debían apoyar el rol disciplinante de las clases dirigentes. “[E]l automóvil, el aeroplano, la radiotelefonía, el divorcio, la jornada de ocho horas, el voto femenino” (*Palabras* 8) eran la cara visible de una modernidad y una racionalidad capitalista ajena a la cultura letrada hispánica que debía ser resistida. Se trataba de un debate en torno a las masas que estaba

en el aire por esos años: en él, Henríquez Ureña se sitúa explícitamente del lado de José Ortega y Gasset, precisamente uno de los “viajeros de la identidad” que había llegado a la Argentina por tercera vez pocos meses antes de la partida de Henríquez Ureña a Estados Unidos, cuando ya se encontraba ideológicamente situado en el bando antirrepublicano de la Guerra Civil española (Dobson 36-37). Ortega, de hecho, aparecerá citado en el texto de despedida de Henríquez Ureña de la Argentina y también será mencionado varias veces en las *Literary Currents*. Lo que Henríquez Ureña toma de Ortega no es un dato menor en la disputa sobre el tema de la autoridad y la gobernabilidad: “A la Argentina moderna, ha observado agudamente José Ortega y Gasset, parecería que la hubieran creado con la cabeza. Yo digo más: no es que parece que así fue: es que fue así” (*Palabras* 8).

A la manera de Ortega –que desde *La rebelión de las masas* había abogado por la preservación de la “continuidad” de la “civilización” ante la cultura de masas– Henríquez Ureña sugiere también que el intelectual tiene más en común con las élites de otros países que con sus propios conciudadanos: por eso, la dirigencia norteamericana debe centrar sus esfuerzos en reconocer las prácticas y hábitos culturales de la élite. Arcadio Díaz Quiñones ha enfatizado el fundamento arnoldiano de la noción de cultura que sostenía este posicionamiento en el caso de Henríquez Ureña (167-255); sin embargo, hacia 1940 Henríquez Ureña parece encontrar en la posición de la *Kulturkritik* una respuesta más adecuada a los desafíos de la cultura de masas. De hecho, junto a Ortega, Henríquez Ureña cita a T. S. Eliot en las *Literary Currents* para afirmar la necesidad de rearticular el canon latinoamericano: “We probably need in Hispanic America a critic of the school of T. S. Eliot to make us relish again the virtues of our classicists of the eighteenth and nineteenth centuries” (101). Esta figura es, sin duda, la del propio Henríquez Ureña y no tiene mejor ejemplo que su sonada lectura de Juan Ruiz de Alarcón, centrada en la defensa del intelectual frente a la plebe: el éxito o fracaso de las comedias de Alarcón –indica– fue el resultado “of the occasional mood of the boisterous and outspoken audiences of the times. His competitors in the theatrical trade would at times go as far as to organize hootings and have stink-bombs thrown into the pit” (*Literary Currents* 68). Henríquez Ureña recuerda sin embargo

que Alarcón, al publicar sus obras completas, se dirigió a ese público como “wild beast” al cual, desde la escritura, podía ahora enfrentar “with contempt and without fear, since they no longer run the risk of thy hisses” (*Literary Currents* 68). Y en otra reivindicación del orden letrado frente a la oralidad violenta de esas “unruly audiences” (*Literary Currents* 71), Henríquez Ureña destaca el “meticulous care” con que Alarcón escribió sus comedias y la “clearness and accuracy” con que las editó (*Literary Currents* 68): “His characters—concluye—spend more time in their houses than in the street; duels are not inevitable; reserve and prudence are possible” (*Literary Currents* 69).

Alineado explícitamente con el discurso de Ortega y Eliot, Henríquez Ureña presenta en las *Literary Currents* un programa de gestión y administración simbólica centrado en la fetichización de la alta cultura como espacio integrador y unificador de la esfera pública. De hecho, Henríquez Ureña indica que es la adhesión a la cultura letrada —y no a la comunicación de masas— lo que históricamente ha garantizado el avance económico y social en América Latina. Ya “in colonial times, strange as it may sound to unsuspecting ears, one of the *guiding principles* of that society, after religion, was intellectual and artistic culture”, escribe en las *Literary Currents* (41; el subrayado es mío). La política del Buen Vecino debía responder así a lo que Henríquez Ureña entendía como parte de la tradición “romana”, según la cual era preciso “laid down abstract principles of right to which it endeavored to conform” (*Literary Currents* 113). Si en el caso de Alarcón había hablado en contra de “unruly audiences” (*Literary Currents* 71), ahora trataba de defender “guiding principles” (*Literary Currents* 41) que “gradually [would] shape the unwieldy mass of reality” (*Literary Currents* 113).

En las *Literary Currents*, Henríquez Ureña escribe que “great ethical and political principles” (14) habían sido introducidos por la élite civil y religiosa española desde comienzos de la conquista; élite a la que ve como responsable de actos de altruismo más que de abuso y opresión: “The fate of the Indians had been sealed as early as 1500 by a generous decision of Queen Isabella in accordance with old Roman principles” (*Literary Currents* 30). Y aclara: “If they were often oppressed by greedy masters, they were also protected and defended [...] The efforts of the priests in behalf of the Indians

make an extraordinary story of devotion, courage and self-sacrifice” (*Literary Currents* 31). En ese mismo sentido entiende que el estudio de las lenguas indígenas por parte de los religiosos fue “a labor of love” (*Literary Currents* 39). De hecho, la colonia nunca se asocia en Henríquez Ureña a la destrucción ni al diezmo poblacional. Estos aspectos, en cambio, los aplica al período independentista: “Independence did not bring the long-expected happiness to the peoples of Hispanic America. Most of countries found their wealth destroyed and their population decimated by the long bloody struggle” (*Literary Currents* 112).

En las *Literary Currents*, Henríquez Ureña indica que el orden y la paz fueron restaurados por un selecto grupo letrado hispanizante que trabajó desde mediados del siglo XIX “in favor of political organization against the forces of anarchy” (114). Los que se habían criado en la colonia tuvieron ventajas evidentes en este contexto: la obra literaria de Bello y Olmedo, por ejemplo, “still profits from the leisurely habits of their colonial upbringing –it is carefully planned, developed, polished and finished” (*Literary Currents* 106). “Never were they rebels”, señala Henríquez Ureña, y puntualiza su costado conservador: “they were closely tied to the soil and the family and the traditional ways” (*Literary Currents* 127-128). De hecho, Henríquez Ureña subraya aquí el carácter “productivo” de los orígenes “hispánicos” a partir de lo que caracteriza, utilizando un lenguaje de dependencia doméstica a la figura maternal, como “a sense of unity in the countries reared in the Hispanic tradition” que retienen “linguistic and cultural allegiance” a ella (*Literary Currents* v; el subrayado es mío). Esta tradición “hispanica” hace referencia a la “descendencia” criolla no sólo española, sino también portuguesa: las *Literary Currents* discute simultáneamente la cultura “familiar”, de fundamento colonial, de los países hispanoamericanos y Brasil⁹.

⁹ Henríquez Ureña dice en la primera página de su libro que dedicará las conferencias a la “literature of Hispanic America”. Y aclara: “I prefer this designation to the more popular though less satisfactory ‘Latin America’” (*Literary Currents* v). Esta oposición al uso más corriente de “América Latina” en inglés se debe, por un lado, a su firme decisión de no incluir a Haití en las discusiones, y, por otro, a su deseo de enfatizar la historia común de España y Portugal hasta 1640, cuando los reinos se separaron. En su *Historia de la cultura en la América Hispánica* lo aclara así: “La historia de la cultura [imperial] portuguesa

Estos antecedentes le sirven a Henríquez Ureña para formular un modelo explícito de gobernabilidad donde la variable económica se torna crucial. Para ello se centra en la Argentina y Brasil, donde reconoce una de las formas más exitosas de disciplinamiento y control social orientados al desarrollo capitalista. En su discurso de despedida de Buenos Aires ya había destacado no sólo la labor del “intelectual que es al mismo tiempo hombre de acción, como [Bartolomé] Mitre o [Domingo F.] Sarmiento, sino hasta *los terratenientes, que dieron su moderna estructura a esa cosa admirable, la estancia argentina*” (*Palabras* 8; el subrayado es mío). El elogio de los “criollos superiores” y la “admirable” estancia volverá meses después, en inglés, frente a un público que quiere saber qué puede esperarse de sus “buenos vecinos”. Junto a Bernardino Rivadavia, señala allí, Mitre y Sarmiento fueron “the best rulers”: “under them [...] a flood of European immigrant swept over the well-nigh empty land, which *under the direction of the criollos, soon become wealthy and prosperous*” (*Literary Currents* 137-138). Además de la instancia biopolítica, subraya la triunfante domesticación capitalista de la naturaleza: “taming the pampa and the gaucho was the seemingly Utopian plan of the men of 1852; it was fulfilled in a surprisingly short time, even though it strewed many victims along its road, like Martín Fierro. Now the best emblem of the modern pampa is that *admirable invention*, the Argentine and Uruguayan *estancia*, the vast estate in which as many as two million trees may have been planted by man” (*Literary Currents* 199; el subrayado es mío). Consecuentemente lee *Don Segundo Sombra* como articulación de esta “realización”, mientras que ve en los cuentos de Horacio Quiroga, *La Vorágine* de José E. Rivera y *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos la narración de un esfuerzo todavía pendiente en “the struggle with nature, the effort to master it” (*Literary Currents* 204). La organización económica del latifundio rioplatense, con su naturaleza productivizada, constituye el reverso de la anarquía posindependentista.

está ligada a la de la cultura española; en la literatura ha habido influencias mutuas” (26). En *Literary Currents* el relato de la unidad “hispánica” se basa, por ejemplo, en la influencia jesuítica en todo el orbe colonial español y portugués de América (32-34).

Por su parte, en las *Literary Currents* Brasil también se presenta como paradigma exitoso de imposición de orden elitista en el contexto de una sociedad heterogénea. Junto a Chile y Colombia, Brasil, aunque en mayor medida, aparece como modelo de la anhelada continuidad política y sociocultural de la tradición colonial en el siglo XIX: “Civil war y despotism –escribe Henríquez Ureña– were alternately dominant [in Hispanic America] [...] There were two main exceptions: Brazil, a monarchy, and Chile, an aristocratic republic –both achieved organic peace about 1830” (*Literary Currents* 112). Fue el paternalismo de la autoridad letrada imperial lo que sirvió allí como garantía de progreso y productividad social y artística: “Brazil, under the benevolent and active rule of the Emperor Pedro II (1825-1891), a scholar and true believer in liberty, enjoyed peace and progress” (*Literary Currents* 138). Si las “anarchical societies” (*Literary Currents* 113) y “the forces of disorder” (*Literary Currents* 114) que dominaron la vida de las repúblicas hispanoamericanas tuvieron como consecuencia la suspensión de la arquitectura monumental, “only in imperial Rio de Janeiro were there new sumptuous palaces and gardens [...] [which] transfigured the Brazilian capital into a delightful labyrinth of perpetual luminous surprises [...]” (*Literary Currents* 114). En el “peaceful Brazil” (*Literary Currents* 116) también hubo ejemplos de orden y disciplina lingüística, frente a la dejadez romántica de los hispanoamericanos: “Many of our innumerable poets acted as if they thought [...] that their mental lawlessness was sacred [...] They were exemptions naturally: Gonçalves Dias in Brazil, for example, the Colombians, ever careful of the proprieties of language” (*Literary Currents* 127).

En el contexto de las relaciones que propone la política del Buen Vecino –posibilidades de viajes y ganancias– Henríquez Ureña plantea a su público la sustentación del lugar histórico de la élite hispano-criolla como fuerza hegemónica. De hecho, el discurso de las *Literary Currents* también articula un programa organizativo que contiene nociones y prescripciones en torno a formas deseables de integración y movilidad social. Henríquez Ureña parte, en ese sentido, de un diagnóstico histórico formulado al comienzo del texto: “the essential weakness of this society lay in its latent disorganization [...] The great problem of Hispanic America was –and still is– social integration” (*Literary Currents* 40). Y aclara, inmediatamen-

te: “Only the cultured groups had real and permanent standards and traditions. It was they who succeeded in preserving and furthering civilization through their effort and example” (*Literary Currents* 40).

Los ejemplos históricos de “éxito” social que ofrece Henríquez Ureña están basados en la proximidad o alejamiento de las “poorer clases” respecto de los “permanent standards and traditions” (*Literary Currents* 40) de la élite. El aprendizaje de la lengua del conquistador es, en el discurso de Henríquez Ureña, una de las claves de movilidad social. El trabajo ideológico de las *Literary Currents* se muestra de manera particularmente sugerente en el siguiente párrafo, donde se traza un recorrido histórico que abarca el presente: “In spite of the indistinctive belief in human equality which is typical of the Hispanic people, there was a greater distance between master and servant when the servant scarcely spoke Spanish or Portuguese and hardly understood European customs” (40). Al mismo tiempo, la adopción de las lenguas imperiales aparece en varios pasajes como factor clave para la disolución de cualquier posible amenaza al orden hispánico dominante. Cuando Henríquez Ureña escribe que los indígenas “accepted the rule of the conqueror, although there were sporadic revolts; only in Chile and Argentina did he survive as a permanent *menace to the Spanish-speaking population* until nearly the end of the nineteenth century” (*Literary Currents* 32), está sugiriendo esta lectura¹⁰.

Pero en las *Literary Currents* puntualiza algo más: es “the education and economic opportunities offered to the masses” (196) definida por las élites gubernamentales y empresariales lo que en última instancia permitirá la movilidad asimiliacionista en un sistema que insiste en caracterizar como históricamente permeable y generoso: en la colonia, escribe, la educación “was in no way aristocratic; learning was practically –though not nominally– within reach of all that might aspire to it [...] Music, painting, and sculpture, especially, were often taught to people of very humble station” (*Literary Currents* 41). Y agrega, en una frase sintomática: “*Even the blacks slaves were taught to play instruments*” (*Literary Currents* 62; el subrayado es mío). Ningún ejemplo articula mejor esa ideología que uno de su propio país: “Learning counted for so much in that for-

¹⁰ Sobre la cuestión lingüística en Henríquez Ureña, cf. Juan R. Valdez.

mer ‘capital of the Caribbean’ [Santo Domingo] that in the seventeenth century a man of African blood, Tomás Rodríguez de Sosa, who had been born a slave and was freed by his master, become a renowned theologian and orator [...] he was often invited by the Spanish president and judges of the Real Audiencia to preach in their private chapel” (*Literary Currents* 37-38). Y aclara: “Among the Portuguese of Brazil, the absence of deep social and racial prejudices seems to have been still more common than in the Spanish colonies. And such prejudices as did exist dwindled or disappeared” (*Literary Currents* 37), por lo cual concluye: “Brazil is, among all the Hispanic countries, the one in which coexistence of many different racial strains has best been solved in practice” (*Literary Currents* 196).

Frente al público norteamericano, introduce así la idea de un “nuevo tipo de hombre”: the “originally heterogeneous society of Hispanic America eventually produced a new type of man, a predominant type [...] It is not a race, of course, not even a particular racial mixture, but the result of many generations of men of different origins living together under similar conditions. The result, as Ricardo Rojas puts it, not of an *ethnos*, but of an *ethos*” (*Literary Currents* 41). Lo que llama la “condición fluida” de la “nueva sociedad” tenía un propósito claro: sugerir que el “viaje” al sur estaba abierto una vez más a eventuales ganancias. El público de Boston y los lectores de las *Literary Currents* encontrarían en la América Hispánica el lugar donde la economía de la pampa florece y los problemas raciales parecen resueltos bajo la autoridad de los dirigentes letrados. Es lo que Henríquez Ureña indica cuando habla del “*general movement of society brought forth by the new possibilities of travel and gain* [...] If matters went thus in the Spanish domains, in Brazil they were still easier [...]” (*Literary Currents* 34-35; el subrayado es mío).

“The unforeseeable cultural consequences of political acts”

En el contexto de la política del Buen Vecino y la consolidación del APRA, el discurso de Henríquez Ureña opera como pieza clave en una lucha por consumidores y mercados. Sin duda el elogio del terrateniente criollo y la estancia no podía dejar de verse entre 1940 y 1945 —esto es, desde la lectura de las conferencias Norton a su publicación en formato libro— sino como un rechazo de los progra-

mas ideológicos de izquierda articulados años antes en la obra de José Carlos Mariátegui y en algunas instancias de la Revolución Mexicana. Por su parte, en el marco del emergente Peronismo, escenario inmediato de un Henríquez Ureña residente en Buenos Aires, las *Literary Currents* tampoco dejaban dudas sobre su postura en torno a la participación política de las masas.

En las *Literary Currents*, Henríquez Ureña subraya que si la “search for expression” había conducido eventualmente a la “madurez” intelectual –“in a time of doubt and hope [...] the peoples of Hispanic America declared themselves intellectually of age” (3)– lo mismo había ocurrido en el orden económico, sobre todo en Argentina y Brasil. El libro quería presentar un espacio donde el “cuidado”, la “dedicación”, la “persistencia” –frente a la “improvisación”, el “arribismo” y el “desorden”– habían llegado a su realización histórica. Henríquez Ureña intentaba así construir una América “Hispánica” “normalizada”, donde la misma noción de “vecinos” presente desde la colonia hispánica podía reactualizarse en términos de una política hemisférica: “In the Americas the Spanish and Portuguese settlers soon accustomed themselves to deal with them, as either friends or enemies, but in any case as *neighbors*; they became a *normal* part of the *common* life of the colonies” (*Literary Currents* 14; el subrayado es mío).

El discurso de Henríquez Ureña fue bien recibido en los Estados Unidos. Aunque las nociones de autoridad, orden y disciplina, así como la de “superioridad”, podían ser asociadas más con el vocabulario de los partidarios del Eje que con los ideales “democráticos” de Roosevelt, su propuesta no parece haber generado críticas o rechazos en los medios norteamericanos, lo cual no deja de ser en sí mismo sugerente para el debate entre democracia y nazismo. Si bien la correspondencia de Henríquez Ureña indica que las charlas no fueron un éxito de público ni lograron atraer el entusiasmo de los asistentes¹¹, el texto de las conferencias publicado en 1945 tuvo

¹¹ Howard Mumford Jones a Pedro Henríquez Ureña, 3 de mayo de 1941. Mumford Jones escribe: “I think the public lecturer may well feel a sense of discouragement –his words are as wind, sometimes the hall is half empty, often the audience seems so naif as to be childlike, and so on– but nevertheless I am honestly of opinion that your visit made us great good, and that, in particular, your book, when it appears, will have a real success”.

buena acogida. Nada menos que el *New York Times* le dedicó una reseña de Bertram Wolfe, exalumno de Henríquez Ureña en la Escuela de Verano de la Universidad de México. “The present work might well serve as a text on the unforeseeable cultural consequences of political acts”, escribía Wolfe, elogiando el “continental scope” del proyecto de Henríquez Ureña en el marco de “the intensified cultural exchange accompanying our ‘good neighbor policy’”: las *Literary Currents* eran, en su opinión, “the most compact and comprehensive introduction to that spirit available in English” (sin pág.).

La respuesta de la industria editorial tampoco fue insignificante. Antes de partir de Boston, Henríquez Ureña ya había recibido una propuesta de Oxford University Press para escribir otro libro de texto en inglés destinado a cursos de civilización latinoamericana. Una carta de William Oman, coordinador de la sección educativa de la editorial en los Estados Unidos, le indicaba: “Professors everywhere seem to be asking for this sort of material in order that their students may be acquainted more fully with the Republics to the south” (sin pág.)¹². Este texto sería *A Concise History of Latin American Culture*, que nunca llegó a completarse debido a su muerte. Con todo, la versión inconclusa del libro sería publicada primero en castellano en 1947, como si Henríquez Ureña la hubiera escrito en esa lengua. Por último, desde su regreso a Buenos Aires y hasta su muerte, Henríquez Ureña se convertiría en un colaborador cercano de los programas educativos del Departamento de Estado a través de la Embajada Norteamericana en Buenos Aires. Su archivo muestra la frecuencia con que dio informes sobre las universidades argentinas y contribuyó a la evaluación de becarios y proyectos de intercambio educativo con los Estados Unidos, poniendo a disposición de la diplomacia hemisférica una dedicación carente, para entonces, de objeciones¹³.

¹² William M. Oman a Pedro Henríquez Ureña, 7 de abril de 1941. El manuscrito en inglés de *A Concise History* se guarda también en el archivo.

¹³ Ver cartas de Pedro Henríquez Ureña a Cyrus T. Brady, 27 de diciembre de 1939; de Morrill Cody a Pedro Henríquez Ureña, 30 de mayo de 1945; y de Morrill Cody a Pedro Henríquez Ureña, 18 de septiembre de 1945.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Aguilar, Gonzalo, y Mariano Siskind. "Viajeros culturales en la Argentina (1928-1942)". *Historia crítica de la literatura argentina* VI. Noé Jitrik y María T. Gramuglio, eds. Buenos Aires: Emecé, 2002. 367-391.
- Barcia, Pedro L., ed. *Pedro Henríquez Ureña en la Argentina*. Santo Domingo: Ferilibro, 2006.
- Castro, Américo. "Carta a Amado Alonso". 31 de octubre de 1941. Manuscrito. Archivo de Amado Alonso. Residencia de Estudiantes, Madrid.
- Clayton, Lawrence A. *Peru and the United States: The Condor and the Eagle*. Athens: U of Georgia P, 1999.
- Cody, Morrill. "Carta a Pedro Henríquez Ureña". 30 de mayo de 1945. Manuscrito. Archivo de Pedro Henríquez Ureña. El Colegio de México, México.
- . "Carta a Pedro Henríquez Ureña". 18 de septiembre de 1945. Manuscrito. Archivo de Pedro Henríquez Ureña. El Colegio de México, México.
- Díaz Quiñones, Arcadio. *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2006.
- Dobson, Andrew. *An Introduction to the Politics and Philosophy of José Ortega y Gasset*. Cambridge: Cambridge UP, 1989.
- Garduño, E. P. [Pedro Henríquez Ureña]. "¿Abstención al fin?" (1914). En Roggiano 8-9.
- . "En torno a la doctrina Taft contra Wilson" (1914). En Roggiano 10-11.
- . "La neutralidad panamericana" (1914). En Roggiano 11-12.
- . "El castigo de la intolerancia" (1915). En Roggiano 48-50.
- . "Apertura de la conferencia panamericana" (1915). En Roggiano 89-91.
- "Harvard Poetry Chair Goes to Dr. Ureña of Argentina" [sic]. *The Christian Science Monitor* 4 de octubre de 1940.
- Henríquez Ureña, Pedro. "Caminos de nuestra historia literaria". En *Obra Crítica*. México, DF: FCE, 2001. 254-260.
- . "Carta a Agnes Morgan". 19 de noviembre de 1942. Manuscrito. Archivo de Pedro Henríquez Ureña. El Colegio de México, México.
- . "Carta a Cyrus T. Brady". 27 de diciembre de 1939. Manuscrito. Archivo de Pedro Henríquez Ureña. El Colegio de México, México.
- . "Cultural Ties in Latin-American Relations". Manuscrito. Archivo de Pedro Henríquez Ureña. El Colegio de México, México.
- . *Historia de la cultura en la América Hispánica*. México: FCE, 1997.
- . *Literary Currents in Hispanic America*. Cambridge: Harvard UP, 1945.
- . "Memorandum sobre Santo Domingo" (1923). En Roggiano 204-207.
- Henríquez Ureña, Pedro et al. *Palabras americanas en la despedida de un buen americano*. La Plata: Universidad Popular Alejandro Korn, s/f.
- History of the Office of the Coordinator of Inter-American Affairs*. Washington, DC: Government Printing Office, 1947.

- Mumford Jones, Howard. "Carta a Pedro Henríquez Ureña". 3 de mayo de 1941. Manuscrito. Archivo de Pedro Henríquez Ureña. El Colegio de México, México.
- Oman, William M. "Carta a Pedro Henríquez Ureña". 7 de abril de 1941. Manuscrito. Archivo de Pedro Henríquez Ureña. El Colegio de México, México.
- Padín, José. "Pedro Henríquez Ureña en Harvard". *El Mundo* [San Juan, Puerto Rico], 27 de octubre de 1940.
- "Pan-American Society of Mass. Is 'Christened' at Fogg Museum". *Boston Daily Globe* 15 de abril de 1941.
- "Pedro Urena [sic] will Lecture: Latin-American to Fill Eliot Norton Chair". *The Harvard Crimson*, 4 de octubre de 1940.
- Roggiano, Alfredo, ed. *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*. México, DF: Cultura, 1961.
- Sánchez, Luis A. *Historia de la literatura americana (desde los orígenes hasta 1936)*. Santiago: Ercilla, 1937.
- Sánchez Prado, Ignacio. "Canon, historiografía y emancipación cultural: *Las corrientes literarias en la América Hispánica* en la fundación del latinoamericanismo". *Pedro Henríquez Ureña y los estudios latinoamericanos*. Eva Guerrero, ed. Pittsburgh: IILI, 2010. 294-325.
- Santiago, Silvano. "El cosmopolitismo del pobre". *Cuadernos de literatura* 32 (2012): 318-319.
- Schoultz, Lars. *Beneath the United States: A History of U.S. Policy toward Latin America*. Cambridge: Harvard UP, 1998.
- Valdez, Juan R. *Tracing Dominican Identity: The Writings of Pedro Henríquez Ureña*. New York: Palgrave, 2011.
- Wolfe, Bertram D. "Essays of Pedro Henriquez-Urena [sic]", *New York Times*, 3 de junio de 1945.